

1000170

CRONICA DE PARIS
EN LA MUERTE
DE MARIANO BRULL

Por **EDUARDO AVILES RAMIREZ**

(Colaboración exclusiva para INFORMACION)

PARIS. Julio. (Por avión).—



A pesar de que estaba prevenido de la inminencia de su muerte, la noticia me dolió en lo más vivo y me senti, espiritualmente e inmediatamente, de duelo riguroso. Siempre es dolorosa la muerte de un poeta, pero ese pesar se desdobra cuando el poeta muerto es un amigo muy querido y su persona es supremamente

apreciada. Era el caso mío delante del exquisito poeta que acaba de dejarnos.

Mucho he escrito, desde hace 40 años, sobre la poesía de Mariano. Exactamente desde 1918, año en que nos conocimos. De manera que si hablara aquí de su poesía, o de sus innumerables actividades culturales —juntos estuvimos en cien congresos, especialmente en el de Cooperación Intelectual, de Ginebra —lo único que haría sería repetirme.

Más bien permitidme evocar al hombre, a aquel resumen vivo de virtudes de toda clase, almáxico de sentimientos, de pensamientos y de sensaciones excepcionalmente seleccionados. Porque eso era en el fondo Mariano, además de exquisito poeta: un ser supremamente selecto.

Se parecía mucho, en todo eso, a otro amigo mío desaparecido: M. Henry Béranger. Justamente en 1936, en el periódico de La Habana del cual era yo corresponsal, escribí sobre el entonces diputado de la Guadalupe y presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado: "Cuando Mariano Brull tenga 65 años, será un segundo Henry Béranger". Y agregaba: "Habla de la misma discreta manera, tiene los mismos modales y los mismos sentimientos, ambos expresan esos sentimientos con el mismo espíritu letrado, con idéntica escogida sobriedad, con pareja lucidez, con un auténtico horror al exhibicionismo, con diplomacia y con filosofía política, con el mismo acento para recitar un poema y el mismo gesto para mojarse los labios en la copa de champaña. Béranger y Brull —concluía— son frutos maduros de una civilización que se toca con las manos". Eso escribía yo, hace exactamente 20 años, con ocasión de las fiestas para el tricentenario de las Antillas Francesas.

Recuerdo a Mariano en La Habana, en París, en Madrid, en Roma, en Bruselas. Epoca hubo en que nos veíamos todos los días o todas las noches, y formábamos grupo y tertulia con Ventura García Calderón, Toño Salazar, Torres Bodet, Matilde Pomés, Flouquet, Cassou. Y nunca, pero lo que se llama nunca, a través de 40 años de amistad, lo vi tener un rasgo de dudoso gusto o proferir una sola palabra que no fuera escrupulosamente correcta. Su presencia resultaba así un regalo raro, como piedra preciosa bien tallada, como ala abanicada de cisne.

Casado con una mujer de excepcionales virtudes y depurada simpatía personal, padre de muchachas salidas del mismo troquel de selección, emparentado con el doctor Baralt, con Blanche Z. de Baralt y con Luisito Baralt, todo concurría naturalmente, iba a escribir fisiológicamente, a un vivir elevado y a un pensar seleccionado. Dentro de la carrera diplomática cubana ¡qué digo! aun dentro de la carrera latinoamericana toda entera, después de una treintena de años de verla, y sentirla actuar en Europa, raros han sido los casos que he conocido como el suyo, en el que el anillo encajaba tan a la perfección en el dedo y la función pareciera haber sido creada especialmente para que él la desempeñara.

Muere Mariano después de sufrir una gran desilusión y después de soportar una larga enfermedad, fatal la una para el alma, la otra para el cuerpo. Nosotros protestamos desde el fondo de nuestra flaqueza y de nuestra pureza, delante de ese Destino que él no merecía. Y decimos con Darío, que dejamos nuestra protesta escrita en el ala del cisne jupiterino, olímpico e immaculado, que era también suyo.

Inf. Julio 6/56